

II Congreso Argentino de Psicoanálisis de Familia y Pareja

“Teoría y clínica de los vínculos”

Buenos Aires, mayo 2001

PANEL

Quiebres vitales

“La migración como quiebre vital”



Graciela Bar de Jones*^[1]_[1]

grazielbar@aol.com

Cabe pensar que no existe experiencia migratoria definitiva que no implique crisis dolorosas cuyos efectos profundos y duraderos pueden extenderse a lo largo de toda la vida y transmitirse a las generaciones siguientes.

Los seres humanos vivimos así insertos en una situación dilemática: o la prisión de los orígenes y de los lugares de pertenencia, ó las consecuencias del desarraigo que es traumático casi por definición.

Las generalizaciones nunca son deseables; cada experiencia de migración se inserta en una historia individual y familiar que precede al individuo o a la familia que la realiza y se desarrolla luego también siguiendo vicisitudes particulares. Sin embargo ciertas variables

conforman un tronco común que se repite en estas experiencias aún cuando las circunstancias externas puedan ser tan diferentes.

En la actualidad, dada la globalización y el veloz desarrollo de los medios de comunicación, la evolución del llamado “primer mundo” incluye cada vez con mayor frecuencia la migración como posibilidad. El deseo de alejarse, de conocer, de progresar, de descubrir. Elemento fundamental en la carrera empresarial, o profesional, sea para capacitarse o para progresar en algún puesto o para no perder el nivel adquirido o aún para conseguir trabajo satisfactoriamente remunerado.

Los traslados de familias, por algunos años, a algún otro país que el de origen por designaciones laborales en las empresas se denominan “expatriaciones”.

En algunas regiones de los Estados Unidos, por ej., los adolescentes suelen irse a estudiar y por ende a vivir, a otra ciudad que aquélla en la que viven sus padres, lo que ya está culturalmente establecido. En nuestro medio se dan este tipo de migraciones entre estudiantes de distintas ciudades o provincias, y en los trabajadores llamados golondrinas.

En el “tercer mundo” los desplazamientos humanos son numerosos provocados aún por las denominables situaciones de violencia social, el hambre, las guerras, los conflictos étnicos, las persecuciones políticas, religiosas, la carencia de condiciones dignas de vida y la falta de perspectivas.

¿Qué efectos desencadena esta velocidad de cambios y de movimientos en los sujetos que los viven y en sus familias, en la calidad

de los vínculos que se establecen en esas condiciones, en las caracterologías culturales, en las sociedades de las que las personas se van y en aquéllas a las que llegan?

Es fundamental el concepto freudiano de las series complementarias para comprender la decisión de emigrar. Puede suceder en algunos casos, que las razones manifiestas como ser: económicas, familiares, laborales, de capacitación, etc. dificulten el acceso a la comprensión de las motivaciones inconscientes que la determinan.

Algunas coinciden con identificaciones, deseos y prohibiciones incestuosos, repeticiones por intentos de elaboración transgeneracional de antecedentes migratorios familiares, pseudo-exogamias, etc.

Cuando un sujeto de aquéllos accesibles a nuestra investigación, decide migrar, muy a menudo, sin saberlo conscientemente, va en busca del Edén o de “la tierra prometida” es decir finalmente de una madre nutricia e idealizada, pero muchas veces también deseada y prohibida. Puede acompañar este proyecto con la fantasía de un “renacimiento”.

En nuestro país, en este momento, asistimos a una fuerte corriente emigratoria (en especial hacia EEUU y Europa), sobre todo en jóvenes que no encuentran las condiciones para lo que consideran un buen futuro.

Voy a desplegar lo que denominé “el tronco común” a estas experiencias y cuáles son las nociones psicoanalíticas indispensables

para poder pensarlas, comprenderlas y eventualmente, cuando nos es dada la posibilidad, intervenir terapéuticamente previniendo o aliviando los sufrimientos que muchas veces se desencadenan debido al desarraigo. El desarraigo afecta a las tres dimensiones del sujeto: 1) individual (psíquica y corporal), 2) grupal y familiar, y 3) cultural.

Las experiencias migratorias pueden derivar en un alto enriquecimiento de la personalidad si logran finalmente ser integradas creativamente; el contacto con culturas diferentes a la propia ha sido desde todos los tiempos motor de crecimiento, apertura y desarrollo.

El trabajo de duelo

No podemos eludir, al pensar en la migración, el aspecto de las pérdidas. Hay quien, por su estructura, es básicamente capaz de tolerar el sufrimiento del duelo, y elaborarlo hasta donde ésto sea posible. Pero muchos son los que no pueden, o pueden sólo en parte, dando lugar a duelos patológicos, melancolías o a muy deficitarias integraciones espaciales, temporales y/o sociales de la identidad: dando lugar a despersonalizaciones, desrealizaciones, escisiones y disociaciones que pueden profundizarse y cristalizarse. Síntomas variados, nostalgias insoportables, enfermedades corporales, adicciones y/o sufrimientos de diversa índole.

Para el que se va de su lugar de origen las pérdidas son masivas, lo que representa una exigencia inmensa para la psiquis.

El migrante se va a encontrar ahora desprovisto y privado de lo

que hasta entonces, día tras día, lo contuvo, lo envolvió, lo protegió.

Ni el timbre, ni el teléfono suenan por lo general en los primeros tiempos.

Se pierde frecuentemente el tener una familia ampliada, tíos, primos, sobrinos, hermanos, padres, cuñados; y ni más ni menos que los amigos y sus lazos afectivos. Los conocidos que uno saluda al encontrarlos de casualidad, caminando por la calle, yendo al cine, en una reunión, y que a uno lo reconocen, que llevan consigo “pedacitos de uno-mismo” y “pedacitos de la propia historia” por decir sencillamente lo que en otros términos sería “aspectos del propio self”.

La envoltura de lugares, de sonidos, de olores, de colores, de sensaciones de todo tipo; los sabores de la comida condimentada como se está acostumbrado, las costumbres, los códigos compartidos, los mitos, el idioma, la cultura, todo lo “familiar”(heimlich)

La pérdida del ambiente no humano y de los objetos materiales es, por otra parte, tan importante como la pérdida de la presencia de las personas queridas.

A diferencia tal vez de las migraciones de nuestros padres o nuestros abuelos, hoy se supone que se va a volver, y muchas veces es así, se vá y se viene; deviene una situación en algún sentido ambigüa que tarda mucho en definirse. Se pierde básicamente la cotidianeidad en los vínculos.

Suelen existir mecanismos disociativos importantes que en mayor o menor medida pueden persistir toda la vida: idealización del país abandonado o del que se encontró y denigración del otro. Estos

mecanismos defensivos tal vez sean imprescindibles en los primeros momentos y justamente podrán atenuarse en la medida en que sea soportable atravesar el trabajo de duelo. Si esto no sucede a veces es el cuerpo el que reacciona, cuando la memoria falla.

De una cultura a otra

Diversos autores se han ocupado de comprender y trabajar psicoanalíticamente la noción de cultura.

La cultura es, desde dentro de cada civilización el conjunto de los dispositivos de representaciones simbólicas, que dispensan sentido e identidad y de este modo son organizadores de la permanencia del conjunto humano, de sus procesos de transmisión y de transformación.

Investiguemos las relaciones existentes entre la cultura y la estructuración de la identidad.

La noción de identidad y su interrelación con los orígenes culturales es una noción fundamental cuando nos ocupamos de los fenómenos psicológicos de la migración.

El concepto de “apuntalamiento” intenta dar cuenta de las relaciones cruciales de la psiquis, el cuerpo, el grupo y la cultura.

[Llegamos entonces finalmente a hablar de la identidad, noción imprescindible al ocuparse de los fenómenos psicológicos de la migración (desde ya, de los cambios en general)].

Se podría decir, siguiendo a algunos autores, que el migrante

atravesará una “crisis cultural”, debida a la pérdida de los apuntalamientos de tipo materno relativos a la formación de la identidad en la cultura de origen.

Coincido con la idea de que los gestos maternos en las prácticas de la vida cotidiana sostienen y transmiten la cultura desde los primerísimos momentos de la vida, es decir van constituyendo lo más genuino de cada uno de nosotros, la parte frágil y secreta de nuestra identidad y el cálido y cómodo sentimiento de lo “familiar”.

Son códigos comunes de referencia para todos los miembros de una familia y así también de un mismo grupo social. Sólo se destacan llamativamente cuando surge la ausencia provocada por los cambios. Incluyen los sistemas sociales de representaciones: los mitos, los modos de vida, los modelos educativos y culturales, la religión, las formas de socialización. Abarcan muy principalmente las relaciones internas del grupo familiar entre los sexos y las generaciones así como las relaciones externas entre el grupo familiar y el grupo social de pertenencia. Esta base común compartida es uno de los elementos constitutivos del psiquismo.

Sabemos que el psiquismo del hombre se funda sobre las bases de su grupo primario de pertenencia antes de ser individual.

Vale aquí, la tan citada frase de Freud de Psicología de las masas y análisis del yo “En la vida anímica individual aparece integrado siempre, efectivamente “el otro”, como modelo, objeto, auxiliar o adversario, y de este modo, la psicología individual es al mismo tiempo y desde un principio psicología social, en un sentido amplio, pero

plenamente justificado.”

El vínculo entre la parte cultural de la identidad y el grupo primario es relevado y reforzado luego por la pertenencia a los grupos secundarios de la vida social, es decir la escuela, los clubs, los grupos de placer, de política, de profesión, etc. en sí los grupos de pertenencia.

Los grupos secundarios y los marcos instituidos tienen una importante función de continencia y de defensa. Forman un continente para esta parte no diferenciada de nuestra identidad, continencia que nos permite desplegar los aspectos más evolucionados de nuestra personalidad en las áreas de funcionamiento de nuestra vida cotidiana.

Durante la estadía en algún país con cultura muy distinta el contexto grupal no cumple esta función, lo que puede desencadenar regresiones y angustias extremas. Son mucho más dolorosas las migraciones hacia lugares con culturas diferentes aunque el lugar sea cercano al lugar de origen que aquéllas con culturas similares aunque estén muy alejadas.

La parte más primitiva de la personalidad (sincrética), descrita por Bleger en los elementos fusionales yo-cuerpo.-mundo, se vé particularmente puesta en juego en las relaciones interculturales. Si no nos movemos de nuestro medio ambiente original y familiar, es muda. Pero si cambiamos de medio cultural comienza a producir efectos por la ausencia de sus formas tradicionales de contención. Lo que era mudo ahora se vuelve bruscamente consciente (notorio o perturbador), y

exige displacenteramente nuestra atención.

Por otra parte, nos sentimos como niños pequeños que tienen que aprender el a, b, c, si pasamos a vivir en un país del que desconocemos las costumbres; resultan agotadoras, en algún sentido, las innumerables experiencias disonantes o disarmónicas, en los comienzos de la experiencia.

El modo de actuar a nivel corporal y espacial es diferente. La vista, el olfato, el tacto, la voz y sus modulaciones, la forma de escuchar y de oír, los gestos y las mímicas, la fantasmática constituyen en cada grupo de pertenencia, una base cultural compartida. El que se va pierde el marco cultural que mantiene ligados a todos estos elementos entre sí y que garantiza de alguna manera su identidad y su integridad. Son incorporaciones culturales que funcionan sin que nos demos cuenta, como ya dijimos, y logran que las interacciones entre las personas resulten armónicas entre sí, pero se vuelven disarmónicas, o disonantes, cuando el encuentro es con personas de otros medios culturales. Sólo cuando formamos parte de un encuentro intercultural nos volvemos conscientes de los elementos de base cultural de nuestra personalidad, común con otras personas de nuestro mismo medio cultural. Al vincularnos con personas de culturas diferentes, si ellos son los que están en grupo y nosotros estamos solos, lo más probable es que tengamos sensaciones de gran discomfort.

El deseo de integrarse a la nueva cultura produce resistencias por el temor de perder la propia, creándose, entre otras cuestiones, un “conflicto de lealtades”. Cada cultura suele también estar, para cada

sujeto, altamente investida con la historia de las relaciones de objeto infantiles y su modo peculiar de resolución edípica.

La amenaza de aniquilamiento, al tener supuestamente que renunciar a lo más íntimo, las propias raíces, no necesariamente consciente, es la que impide a menudo la asimilación de la nueva cultura.

El adecuado conocimiento y respeto por la propia cultura y por las propias raíces es una condición para poder incorporar favorablemente lo que otras culturas puedan brindarnos.

La ruptura de la continuidad temporal

Las experiencias migratorias desencadenan crisis que afectan los tres vínculos de integración de la identidad, tal como los plantearon L. y R. Grinberg. El vínculo de integración temporal se ve afectado particularmente en la vivencia creo ya, universal, de que el tiempo no transcurre en el lugar del que estamos alejados; esta vivencia trae consecuencias muy importantes a la hora del retorno cuando se trata de experiencias que no son definitivas o de personas que pueden viajar al lugar de sus orígenes.

En las migraciones definitivas de nuestros padres o de nuestros abuelos en este punto en particular se evidenciaron rupturas de la continuidad temporal que trajeron grandes alteraciones en la cadena transgeneracional produciendo importantes efectos en este orden.

El Idioma

La cuestión de los idiomas tiene un lugar central.

Al tener, inevitablemente, que comunicarnos en otro idioma, por ejemplo, o aunque más no fuera un idioma similar pero con muchas expresiones idiomáticas diferentes, nos vemos de entrada enfrentados a la situación de no poder comprender todo y de no poder expresarnos tan libremente como en nuestro idioma materno.

La imposibilidad de comunicarnos en un idioma común y único, se vive como una situación hiriente y produce mucha ansiedad, ligada a la angustia de perder la propia identidad. Por otra parte, es imposible reencontrarse en la ilusión de una fusión protectora permitida por la utilización de una base cultural lingüística común. Imágenes y angustias persecutorias pueden surgir fácilmente así como sentimientos depresivos, de opresión, de infantilización, de aniquilamiento.

En 1938, después de su emigración definitiva a Londres, Freud le escribió a De Saussure: “quizás Ud. omitió el punto que el emigrante experimenta tan particular y penosamente la pérdida del idioma en el que vivió y pensó, aquél que uno nunca será capaz de reemplazar por otro a pesar de todo nuestro esfuerzo de empatía. Con penosa comprensión observo cómo me hacen falta distintos términos familiares de expresión en inglés y cómo el Ello todavía se esfuerza por resistirse a renunciar a la escritura gótica familiar”.

Experimentamos una regresión intensa cuando nos

encontramos en un grupo con varios idiomas, más que cuando todo el mundo utiliza el mismo. El sentimiento de impotencia en relación a la situación y la pluralidad de idiomas despierta fácilmente sentimientos de fragmentación y de pérdida de puntos de referencia. Esta dimensión es muy amenazadora y fuente de sufrimiento: se vuelve vital que alguien o algo haga de puente.

Extranjerización

Coincido con otros autores en que dentro de las diversas emociones y representaciones del desarraigo, generalmente traumático, se presenta como característico el sentimiento de extrañeza. ¿Porqué? En cuanto a fenómenos intrapsíquicos se ve puesta a prueba la organización del yo, por la ruptura del sentimiento de continuidad de la identidad o por la profundización de la escisión, que también lleva en sí el daño al sentimiento de identidad. Aparece la perplejidad y el ya no poder reconocerse en la propia manera de reaccionar. (Llamamos sentimiento de identidad a la posibilidad de seguir sintiéndose uno mismo más allá de los cambios que nos depara la vida).

Simultáneamente se deviene extranjero en el plano social, lugar particular que ahora voy a desarrollar avanzando una pregunta: ¿El volverse extranjero ante sí-mismo puede ser también efecto de la subjetivación del ser un extranjero socialmente?

Es Freud el que nos explicaba que el conflicto se da por el

hecho de estar inserto en la cultura y que el hombre necesita a sus semejantes no sólo para ser auxiliar y objeto de satisfacción sexual, sino también para satisfacer sus inclinaciones agresivas. Para satisfacer estas últimas, es que suele encerrarse en círculos culturales y hostilizar a los extraños. Nos dirá Freud: “Siempre es posible ligar en el amor a una multitud mayor de seres humanos, con tal que otros queden fuera para manifestarles la agresión. En una ocasión me ocupé del fenómeno de que justamente comunidades vecinas, y aún muy próximas en todos los aspectos, se hostilizan y escarnecen: así, españoles y portugueses, alemanes del norte y del sur, ingleses y escoceses, etc. Le di el nombre de “narcisismo de las pequeñas diferencias”.

Este párrafo de Freud que a su vez remite a “Psicología de las masas y análisis del yo” nos brinda la base para comprender el lugar que va a ocupar el extranjero para la mirada del local. Implícita o explícitamente el “extraño” será blanco de estas inclinaciones agresivas, como aporte absolutamente involuntario a la cohesión de los grupos.

Lamentablemente, ante la regresión, la amenaza de fragmentación y la pérdida de los puntos de referencia, también el recién llegado necesita ubicar a una parte de las personas como grupo de enemigos, los otros, los diferentes, los peligrosos. El inmigrante es colocado en ese lugar y éste a su vez coloca a los “locales” en ese lugar, lo cual incrementa preocupantemente el aislamiento en tanto esto no pueda comprenderse y superarse. Vemos entonces el recurso

estereotipado a las propias pautas culturales, o al revés el repudio de todas las raíces culturales propias y la necesidad de mimetizarse, de “fundirse en el nuevo grupo”.

Después de haber emigrado el sentirse extranjero puede quedar como resto, a veces para toda la vida, aún volviendo a vivir en el lugar de los propios orígenes; es probable que un adecuado trabajo terapéutico permita una nueva integración y de este modo pueda hacerlo desaparecer.

En todos estos impactos, se juega espontánea y profundamente lo que Freud denominó “el narcisismo de las pequeñas diferencias”.

En “El porvenir de una ilusión”, nos decía:

... “la satisfacción que el ideal dispensa a los miembros de una cultura es de naturaleza narcisista, descansa en el orgullo por el logro ya conseguido. Para ser completa, esa satisfacción necesita de la comparación con otras culturas que se han lanzado a logros diferentes y han desarrollado otros ideales. En virtud de estas diferencias, cada cultura se arroga el derecho a menospreciar a las otras. De esta manera, los ideales culturales pasan a ser ocasión de discordia y enemistad entre diversos círculos de cultura, como se lo advierte clarísimo entre las naciones.”

Algunos autores plantean que dos amenazas acorralan al migrante de modo impensable mientras vive en otra cultura: por una parte la de la aniquilación en la medida en que para él su ser se confunde con sus raíces y estas parecen incompatibles con la

supervivencia, por otra parte la amenaza de marginalización en la nueva cultura que lo apura a adoptar sus gustos y costumbres. Es probable que la adaptación sea posible sólo mediante un acomodamiento al modo del falso-self para poder preservar un vínculo íntimo con la cultura de origen. En el mejor de los casos esto será algo transitorio.

Vínculos

Las personas que migran frecuentemente, como los diplomáticos o los expatriados suelen establecer vínculos caracterizados por un aparente desapego. Son vínculos circunstanciales destinados, para ellos y para aquéllos con quienes se vinculan, a interrumpirse. Esto incide en la situación de campo analítico, por ej., cuando estas personas comienzan un análisis personal desplegando en este sentido transferencias y contratransferencias peculiares. También se evidencian importantes repercusiones de este fenómeno en los grupos escolares con chicos en esta condición.

La nostalgia

Es notable cómo la nostalgia se ubica en ciertas calles: el ambiente no-humano llega a constituir una parte significativa del sentimiento de identidad. Este ambiente, en especial el que ha sido el entorno natural y específico del individuo, y ha sido revestido con un

intenso contenido emocional, es el que suele persistir no modificado, como objeto de añoranza y símbolo de lo propio.

Lo Transgeneracional

Lo que se haya evitado en una primera generación, que no haya podido ser hablado ni elaborado aparecerá en la segunda - generalmente expresado como choque entre generaciones -, y a veces en la tercera. Las migraciones definitivas no suelen, en términos generales ser elaboradas verdaderamente por la generación que las vive, sino por los hijos y los nietos, cuando la elaboración es alcanzada.

¿Cómo se organiza la herencia de huellas mnémicas de vivencias ancestrales, transmitida independientemente de su comunicación directa? Las investigaciones actuales apuntan a sostener una continuidad entre las generaciones.

En los vínculos entre padres e hijos se transmiten ideales, aspiraciones, deseos por realizar, además de prohibiciones y mandatos, todo aquello que garantiza la continuidad de esa familia, de ese linaje. El hijo vendrá a ocupar un lugar como heredero; beneficiario de lo que hereda pero al mismo tiempo responsable de un mandato filiatorio.

Mediante pactos inconscientes (R. Kaës), operaciones psíquicas tales como la negación, la desmentida, el rechazo, represiones diversas y otras, una serie de experiencias y afectos son “dejados de lado” con el objetivo de poder sostener la continuidad de la

familia. Son aspectos no dichos pero no por eso menos efectivos.

En la historia de una familia pueden presentarse acontecimientos que no han podido ser procesados por una generación a través de representaciones simbolizables. De todos modos se transmiten, pero como acontecimientos en bruto, inconscientes, abriendo el camino a la necesaria repetición en la generación siguiente. Autores actuales investigaron estos modos de transmisión (“Criptas”, y otros).

Pero, en la vida familiar nada se pierde, en el mejor de los casos se transforma y sino se repite lo que permite encontrar las huellas para su comprensión y develamiento si es dable observarlas a la luz de un tratamiento psicoanalítico.

En familias atravesadas por el impacto de un proceso migratorio de características traumáticas, la necesaria configuración edípica y los procesos identificatorios se producen con objetos que están sufriendo una situación de desamparo, de desarraigo, de extranjerización.

Hay una historia de las filiaciones familiares con prohibiciones asociadas a estas experiencias que confluyen en la formación de síntomas, inhibiciones y padecimientos corporales.

Hoy se acepta que en la construcción de la identidad intervienen de manera entrelazada lo corporal, lo psíquico y lo social constituido por un conjunto de dispositivos tangibles y de representaciones simbólicas que otorgan el sentimiento de identidad. En este sentimiento de identidad se entrelazan los 3 vínculos de

integración, el espacial, el temporal y el social que lo determinan, es decir, la posibilidad de seguir sintiéndose el mismo a través de todos los cambios que se dan en la vida. Implicar a la cultura en la formación de un sujeto desde el interior mismo de su aparato psíquico, significa que se le reconoce un lugar de sostén, de apuntalamiento, a lo largo de los distintos momentos de la vida. Está presente pero invisible hasta que algo sucede y se produce un giro en este equilibrio.

La migración instala distancia en relación a las formas de interacción y a las posibilidades de simbolización específicas habituales que en general se apoyan en el consenso cultural y que suelen resultar desapercibidas hasta que se produce la ausencia.

El vínculo de integración temporal se ve afectado y desemboca en la vivencia, por ej, de que el tiempo no transcurre en el lugar del que estamos alejados, esta vivencia trae consecuencias muy importantes a la hora del retorno cuando se trata de experiencias que no son definitivas o de personas que pueden viajar al lugar de sus orígenes. En las migraciones definitivas de nuestros padres o de nuestros abuelos en este punto en particular se evidenciaron rupturas de la continuidad temporal que trajeron grandes alteraciones en la cadena trasgeneracional produciendo importantes efectos en este orden.

Mecanismos defensivos compensatorios

Al llegar a un nuevo medio cultural, sin pareja, puede tenderse a formar una pareja con alguna persona del lugar; las investigaciones actuales permitieron descubrir la aparición de procesos regresivos

específicos en las relaciones de las parejas así formadas, llamadas parejas biculturales. El partenaire que forma parte del nuevo medio cultural es buscado inconscientemente como representante de la madre ideal susceptible de interpretar el lenguaje extranjero, la cultura extranjera, los valores y costumbres extranjeros. (aún cuando estemos hablando de una mujer eligiendo a un varón).

Al sentimiento de sentirse abandonado, de estar a merced del otro y totalmente desamparado, se agrega la nostalgia del medio ambiente familiar, mientras que el partenaire que no puede satisfacer las expectativas infantiles de la persona venida del extranjero termina por ser desidealizado, primero en forma subterránea, luego cada vez más conscientemente a medida que la relación persiste. Paralelamente con todo esto, aumentan las angustias de pérdida de la individuación.

Dentro de cada pareja que migra aún cuando migren juntos, van produciéndose variaciones del vínculo dado que la regresión se instala y cada uno va a atravesar su propia crisis.

Me es dado observar frecuentemente crisis matrimoniales por infidelidad masculina con depresiones severas posteriores por parte de las mujeres que a menudo venían quedando muy solas en la casa mientras los hijos van a la escuela todo el día y el marido es mucho más requerido por su trabajo aquí en la Argentina que cuando estaban en su lugar de origen. Me refiero a que los hombres pasan a trabajar hasta altas horas de la noche en los comienzos o son requeridos los fines de semana por tener trabajos con mucha responsabilidad.

Respecto a las experiencias familiares, a pesar de la gran diferencia de condiciones en que puede realizarse una migración y la multitud de variables particulares a cada familia, se han mencionado parámetros descriptivos bastante estables que permiten elaborar un modelo de proceso migratorio con un grado razonable de validez pancultural, a mí este primer esquema suele resultarme muy útil.

Se habla del proceso de migración y se lo descompone en los siguientes pasos distintos: 1) etapa preparatoria, 2) acto de la migración, 3) período de sobrecompensación, 4) período de descompensación, 5) fenómenos transgeneracionales. (C. Sluzky).

En los primeros momentos de la migración la primera prioridad de la familia es nada más que sobrevivir, es decir satisfacer sus necesidades básicas. El múltiple impacto subjetivo cotidiano de las diferencias culturales es máximo al principio y así también es negado con máxima intensidad. Las personas están por un lado hiperatentas a todas las exigencias de la vida cotidiana y subyacentemente en una suerte de estado de obnubilación. No suelen presentarse crisis importantes en estos primeros meses a menos que tengan una incapacidad muy marcada para resolver situaciones. En general, lo único que puede observarse es una intensificación de modalidades anteriores, es decir si los miembros eran unidos, aumentarán la unión, si eran desunidos aumentarán la desunión pese a estar en un lugar en el que no conozcan a nadie. Se mantienen adheridas a las normas del antiguo país y se niegan a identificarse con el nuevo ambiente. Esta estrategia sólo puede durar poco y la fantasía se desmorona bajo la

presión de la nueva realidad, precipitando una crisis de importancia. Aparentemente hay familias que sólo intensifican sus estilos previos a la migración sin desarrollar una reacción de clara respuesta a dicha experiencia, muchas de ellas correrán el riesgo de quedar destruidas. Otras, en cambio, desarrollan los llamados mecanismos compensatorios del trauma del desarraigo, lo que les permiten sobrellevar finalmente la experiencia. El efecto de los más o menos exitosos mecanismos de resolución en el contexto de la nueva cultura de los problemas de la familia es acumulativo y se pondrá de manifiesto al cabo de meses y hasta de años después de la migración. Las familias que logran tolerar el proceso de duelo, lamentar lo dejado atrás, integrarlo constructivamente en una mezcla de antiguos y nuevos funcionamientos pueden encontrarse tres años después de la llegada con nuevas fuerzas individuales y colectivas. En otras pueden profundizarse los mecanismos defensivos patológicos cuya finalidad es evitar el trabajo de duelo y los conflictos sólo en el mejor de los casos llevan a la consulta. Lo que a nivel individual puede ser visto como escisiones que se van profundizando, se instala en las familias; formación de subgrupos, tensión y conflicto entre los cónyuges, problemas generacionales. Esto puede llevar a invocar el modelo socialmente aceptable y poderoso de la “enfermedad somática” o del “problema psiquiátrico”.

A los seis meses comienza el período denominado por algunos de descompensación, hay que darle forma a la nueva realidad,

extremando tanto la continuidad familiar en términos de identidad como la compatibilidad con el medio. Es verdaderamente frecuente y necesaria como adaptación la conservación de ciertos hábitos familiares, aunque difieran de los del nuevo contexto, al mismo tiempo que se desligan de otros rasgos que van muy a contramano de la cultura de adopción o que exigirán la presencia de una familia ampliada que ya no está disponible. La crisis suele introducirse en la familia a través de los hijos que asimilan la nueva cultura con mayor rapidez que los padres, con lo que se produce un choque de valores y estilos que afecta al núcleo familiar.

Las familias que tienden a compensar defensivamente vuelven, en principio, a “fusionarse” (A. Eiguer), creando una burbuja de protección ante el exterior. Como decía, se retoman las viejas tradiciones que habían quedado totalmente olvidadas. En el esquema de las familias que no encuentran el modo de compensar la situación, este rol queda exclusivamente reservado a la mujer, el aferrarse al pasado y el resto de la familia se aleja progresivamente cada vez más denigrando esa función.

A veces la familia recurre a modalidades religiosas casi fundamentalistas. El aislamiento crece y lo “malo” es ubicado, evidentemente, en el exterior. Familias que eran bastante libres se vuelven cerradas y represoras sobre todo con los hijos, atraídos por lo que van conociendo y descubriendo.

En segundo término, tal como planteábamos más arriba el falso-self puede presentarse en tal o cual miembro de la familia o

eventualmente determinar, por parte de la familia una hiperadaptación al nuevo ambiente y promover una asimilación caricatural de la nueva cultura sin una genuina elaboración o integración de la misma. El verdadero self va perdiendo contacto con el resto y la persona se va empobreciendo en su capacidad de integración y de elaboración del proceso.

Un tercer mecanismo compensatorio interesante descrito es cuando los participantes de una familia que vive esta migración pueden encontrar entre los antepasados modelos de identificación para encontrar un sentido a esta experiencia. Ya no vivir el desarraigo como algo que se padece sino que se logra sentirlo como algo que se deseó por identificación. Un objeto transgeneracional más o menos identificable ayuda a pensar el presente. Se logra así, además, recuperar aquello más íntimo y secreto, las propias raíces que habían quedado fuera del circuito hasta entonces. El ancestro deviene un aliado en el conflicto incluso con los padres.

Cuando toda la familia elabora el trauma del desarraigo, obviamente las posibilidades de superar la crisis son más grandes.

Conclusiones

Los individuos o las parejas, o las familias que viven esta experiencia no saben que los problemas que comienzan a tener y antes no tenían se deben a la experiencia del desarraigo con todos sus componentes. Intenté mencionar muchos de ellos.

En mi experiencia, la crisis que presentan suele tomar los mismos carriles que tomaron en sus vidas crisis anteriores, pero pueden ser mucho más graves.

Es importante difundir estas nociones. Que aquéllos que van a migrar puedan informarse respecto a la experiencia que van a atravesar sin negar las dificultades por quedar encandilados por las promesas de progreso económico y social. Que aquéllos que la están viviendo puedan comprender que muchas de las dificultades que atraviesan se deben a la migración, en general no lo saben y los conflictos los sorprenden agravando sus angustias.

Los grupos de pertenencia, como redes sociales ayudan a restañar las heridas más rápidamente.

En el tratamiento se debe entonces conducir simultáneamente un trabajo activo respecto a la propia identidad, favorecer por supuesto el reencuentro con lo más genuino de cada uno, de las propias raíces y se hace necesario el trabajo de duelo relativo a las múltiples pérdidas en la medida en que éste se vaya volviendo soportable.

Bibliografía

- | | |
|----------------------|---|
| Bar de Jones, | “Migración, recuerdo, construcción” |
| Graciela M., | Trabajo presentado en el 16to. Encuentro de discusión |
| y Wolinsky, | de la Asociación Escuela Argentina de Psicoterapia para |
| Yael | Graduados. “Construcciones en Psicoanálisis” 1993 |

Bar de Jones,

“¿Y si emigramos?”

Graciela M.

Trabajo libre presentado por Comisión Científica en julio 1994. Asociación Escuela de Psicoterapia para Graduados. Comentadores invitados por la autora: Lic. Elina Aguiar y Dr. Nasim Yampey

— —

“¿Y si emigramos? 1998”

Trabajo presentado en el 3er. Congreso de la Asociación Uruguaya de Psicoterapia Psicoanalítica (A.U.D.E.P.P.). “La práctica psicoanalítica en un nuevo contexto”. Montevideo. Mayo 1998

Bar de Jones,

“Aspectos psicológicos de la experiencia de la migración”

Graciela M.,

Ponencia presentada en el 2do Congreso Latinoamericano

y Cohan, Graciela

organizado por la Federación Latinoamericana de Instituciones de Psicoterapia Psicoanalítica y Psicoanálisis (Flappsip): “Pensamiento psicoanalítico latinoamericano, conflicto y cultura”. Santiago de Chile. Noviembre.2000

Bar de Jones,

Tercer Encuentro franco-cubano y Primer encuentro

Graciela M.

franco-cubano-argentino “Las influencias socio-culturales”
Modelos y Prácticas de la salud mental. Autora de la

ponencia de la Asociación Escuela Argentina de
Psicoterapia para Graduados: "Hacia el encuentro entre culturas".
La Habana. Noviembre 2000

Bleger, José.: "Simbiosis y ambigüedad". Ed. Piados. Bs. As. 1984

Carré, Odile: "Au croisement des crises: les pratiques sociales face aux
pratiques interculturelles. Connexions. No. 58-1991

Eiguer, A Le faux.self du migrant
Différence culturelle et souffrances de l'identité
Dunod. 1998.
Mécanismes compensatoires face au
déracinement Le divan familial. "Le déracinement" 1999

Freud, S.:(1914) Duelo y melancolía

__ __ (1920): "Psicología de las masas y análisis del yo"

__ __ (1929): " El malestar en la cultura"

Granjon, Introduction au voyage.

Evelyn Le déracinement. Le divan familial 1999

Grinberg, "Psicoanálisis de la migración y del exilio". Alianza 1984

León y Rebeca: "Identidad y cambio". Ediciones Kargieman. 1971

— — “Mi experiencia migratoria como psicoanalista”

Informativo de la IPA. Número invierno 1992.

Jones,

Vida y Obra de Sigmund Freud.

Ernest

Ed Horne Col. Psicoanalítica 1976,T III

Kaès, R.et al.:

Différence culturelle et souffrances de l'identité.

Dunod 1998

Slusky,

Migración y conflicto familiar.

Carlos E.

Family Process Vol 18 N° 4, dic. 1979. USA

Yampey,

Psicoanálisis de la cultura. Paidós 1981

Nasim

Migración y Transculturación. Enfoque psicosocial

y psicoanalítico Ed. Galerna 1982

— — Sobre cambio y conflicto. Trabajos Psicoanalíticos 1991

[1]^[1] * Güemes 3758, 2º A (1425) Cdad. de Bs. Aires. Arg. Tel: 4823-1681 / 4822-0176 / 15 4 971-8243